

833
Z.

PQ 2496
A 51
v. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona

51206



L'ASSOMMOIR

VIII

(Continuación)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Paulatinamente llegó también Lantier á ocuparse de los asuntos de familia. Como los Lorilleux refunfuñaban siempre que tenían que sacar del bolsillo lo cien sueldos de mamá Coupeau, indicó que se les podía entablar un pleito. ¿Se burlaban tal vez de las gentes? ¡diez francos, y no cinco debían dar al mes! y subía en persona á buscar los diez francos, con aire tan resuelto y afable á la vez, que el cadenista no se atrevía á negárselos. Actualmente, también la señora Lerat daba cada mes dos monedas de cien sueldos. Mamá Coupeau hubiera besado las manos á Lantier que además desempeñaba el cargo de árbitro en las disputas entre la anciana y Gervasia. Cuando impacientada la planchadora contestaba malamente á su suegra y ésta se marchaba á llorar á su cama, la agarraba á las dos, obligándolas á que se dieran un abrazo y preguntándoles si querían dar qué decir las gentes con sus genialidades. Tocante á Naná, decía que la educaban muy mal. No le faltaba en esto la

razón, porque cuando el padre zurraba á la rapaza, la madre la defendía, y cuando á su vez era la madre la zurradora, movía el padre un escándalo. Naná, extasiada al ver que sus padres regañaban, y sabiendo que se le excusarían de antemano sus faltas, cometía las mayores travesuras. Por entonces había ideado irse á jugar á la herrería de enfrente; allí columpiábase días enteros en las lanzas de los carros; ocultábase con bandadas de pilluelos en el fondo del obscuro patio alumbrado por el rojo resplandor de la fragua, y bruscamente reaparecía corriendo, saltando, despeinada y tiznada, seguida por el cortejo de muchachos, cual si un repiqueteo de martillos acabase de ponerles en fuga. Lantier era el único que podía regañarla; y aun así y todo sabía Naná la manera de desarmarle. Aquella mocosa de diez años poníase á andar delante de él como una señora, contoneándose, mirándole de soslayo, preñados ya de vicio sus ojos. Acabó Lantier por encargarse de su educación y le enseñaba á bailar y hablar el patués.

Así transcurrió un año. En el barrio creían que Lantier tenía rentas, pues esta era la única manera de explicarse la gran vida de los Coupeau. Verdad era que Gervasia continuaba ganando dinero; pero, manteniendo á dos hombres que no hacían nada, de seguro que la tienda no podía bastar para ello, tanto más cuanto que la clientela disminuía y las oficialas gauduleaban desde la mañana hasta la noche. Lo cierto era que Lantier nada pagaba ni por el cuarto ni por la comida. Los primeros meses había dado algunas cantidades á cuenta; después habíase limitado á hablar de una crecida suma que tenía que cobrar y gracias á la cual saldaría más adelante su cuenta, de una vez. Gervasia no se atrevía á pedirle un céntimo. Tomaba el pan, el vino, la carne al fiado. Las cuentas iban subiendo, aumentando tres ó cuatro francos por día. Ni siquiera había dado un sueldo al mueblista, ni á los tres camaradas: el albañil, el carpintero y el pintor. Toda esta gente comenzaba á refunfuñar; de día en día iban haciéndose menos amables para ella en las tiendas. Pero, sintiéndose como embriagada por el furor de la deuda, aturdiase, elegía las cosas más

caras y se abandonaba á su gula, desde que ya no pagaba; y, sin embargo, en el fondo seguía siendo muy honrada soñando ganar de la mañana á la noche centenares de francos, sin saber de qué manera, para distribuir puñados de monedas de cien sueldos á sus proveedores. Finalmente, ibase hundiendo y á medida que descendía, hablaba de ensanchar los negocios. A todo esto, á mediados del verano, la mocetona Clemencia se había despedido, por no haber bastante tarea para dos oficialas y porque esperaba su dinero desde hacía no sé cuántas semanas. En medio de aquel desmoronamiento Coupeau y Lantier echaban mofletes. Los sin vergüenza, sentados siempre á la mesa, se engullían la tienda, engordando con la ruina del establecimiento, excitándose el uno al otro á quién comía más y dándose palmadas en la panza, bromeando á los postres, á fin de hacer más pronto la digestión.

En el barrio era gran tema de conversaciones saber si realmente Lantier había vuelto á enredarse con Gervasia. Las opiniones andaban divididas sobre este particular. Según los Lorilleux, la Banbán hacía todo lo posible para pescar de nuevo al sombrerero, mas á este ya no le gustaba, la encontraba demasiado deslucida y no le faltaban fuera de casa muchachas de rostro más incentivo. Según los Boche, al contrario, la planchadora, desde la primera noche se había dirigido al encuentro de su antiguo «esposo» tan luego como el Juan Lanás de Coupeau empezó á roncar. Todo ello, ya fuese de un modo ó de otro, no parecía muy limpio; pero hay en la vida tantas suciedades, y mucho más grandes aún, que las gentes acababan por encontrar aquel matrimonio de tres personas muy natural y muy simpático, puesto que jamás disputaban entre sí y sabían guardar las conveniencias. De seguro que si se hubiera metido la nariz en otros asuntos del barrio, habríase olido mucho peor. A lo menos en casa de los Coupeau olía á buenos muchachos. Los tres se dedicaban á sus comiditas, se vestían, se desnudaban, se acostaban juntos como unos benditos, sin quitar el sueño á los vecinos. Además, el barrio entero estaba seducido por las buenas maneras de Lantier. El engatusador cerraba el pico á todas las chismosas.

Hasta en las dudas que existían sobre sus relaciones con Gervasia, cuando la frutera las negaba ante la tripicallera, ésta parecía indicar que verdaderamente era una lástima, porque, al fin y al cabo, aquello hacía menos interesantes á los Coupeau.

Entre tanto Gervasia vivía tranquila por este lado, sin pensar poco ni mucho en estas porquerías. A tal punto llegaron las cosas, que hasta se le acusaba de falta de corazón. En la familia no atinaban á comprender su rencor contra el sombrerero. La señora Lerat, que se desvivía por ingerirse entre los enamorados, iba cada noche á la tienda, y calificaba á Lantier de hombre irresistible, en cuyos brazos debían caer por fuerza hasta las damas más encopetadas. La señora Boche no hubiera respondido de su virtud, á tener diez años menos. Una conspiración sorda, continua, crecía y empujaba lentamente á Gervasia, como si todas las mujeres que la rodeaban hubiesen de obtener una satisfacción dándole un amante. A todo esto Gervasia se admiraba, pues no sabía ver tantas seducciones en Lantier. Verdad era que éste había sufrido una ventajosa metamorfosis, vestía siempre de gabán y había adquirido cierto barniz de educación en los cafés y en las reuniones políticas.

Sólo que como ella le conocía perfectamente, veía hasta el fondo de su alma por los dos agujeros de sus ojos, y allí encontraba un montón de cosas, cuyo recuerdo le causaba un ligero estremecimiento. Por fin, si aquello agradaba tanto á las otras, ¿por qué no se arriesgaban á catar de aquel señor? Así se lo dió á entender un día á Virginia, que parecía la más entusiasmada. Entonces, la señora Lerat y Virginia, para calentarla de cascós, le refirieron los amores de Lantier y la mocetona Clemencia. Sí, ella no se había apercibido de nada; pero cada vez que salía á algún recado, el sombrerero se llevaba á la oficiala á su cuarto. Actualmente, se les solía ver juntos; sin duda Lantier iba á visitarla á su casa.

—¿Y qué?—dijo la planchadora con voz algo temblorosa;—¿qué puede importarme eso?

Y miraba los amarillos ojos de Virginia, donde relucían chispas de oro, como en los de los gatos. ¿Aque-

lla mujer la odiaba, sin duda, toda vez que se empeñaba en darle celos? Mas la costurera recobró su aspecto bonachón, respondiendo:

—¡Eso no os importará nada, seguramente!... Pero deberíais aconsejarle que dejase á esa muchacha, que sólo puede proporcionarle disgustos...

Lo peor era que Lantier, viéndose apoyado, cambiaba de maneras tocante á Gervasia. Cuando le daba un apretón de manos, retenía un momento los dedos de la planchadora entre los suyos. Fatigábala con su mirar, fijaba en ella sus ojos atrevidos, en los que ella leía claramente lo que le pedía. Cuando pasaba por detrás de ella, hundía las rodillas en sus faldas, y arrojaba el aliento sobre su cuello, como para magnetizarla. No obstante, esperó todavía, antes de proceder brutalmente á declararse. Y una noche, hallándose solo con ella, la empujó ante sí, sin chistar, la arrimó trémula contra la pared, en un rincón de la tienda, y quiso besarla. La casualidad hizo que en aquel momento precisamente entrase Gouget. Entonces la planchadora se desprendió y escapó. Y los tres cambiaron algunas palabras, como si nada hubiese ocurrido. Gouget, pálido como un difunto, había bajado la vista, creyendo que les estorbaba y que si ella se había desprendido de los brazos de Lantier era para que no la besasen delante de la gente.

A la mañana siguiente Gervasia andaba de un lado á otro de la tienda, muy triste, incapaz de planchar un pañuelo: necesitaba ver á Gouget y explicarle por qué la tenía Lantier arrimada contra la pared. Empero, desde que Esteban estaba en Lille, no se atrevía á entrar en la fragua, donde Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, la acogía con risitas socarronas. Sin embargo, después del mediodía, no pudiendo resistir más, cogió un cesto vacío y salió con pretexto de ir á buscar unas enaguas á casa de su parroquiana de la calle des Portes-Blanches. Después, cuando se halló en la calle Marcadet, ante la fábrica de pernos, comenzó á pasear despacio, esperando un buen encuentro. Sin duda Gouget debía esperarla, por su parte, pues no haría cinco minutos que Gervasia estaba allí, cuando salió él como por casualidad.

—¡Toma! ¡andáis de recados!—dijo sonriendo débilmente;—¿os volvéis á casa?

Esto lo decía, por decir algo. Precisamente Gervasia estaba vuelta de espaldas á la calle des Poissonnieres. Y los dos echaron á andar hacia Montmartre, uno al lado del otro, sin darse el brazo. Seguramente no tenían más idea que alejarse de la fábrica, para que no pareciese que se daban citas delante de la puerta. Con la cabeza baja, seguían la desempedrada calzada, entre el ronquido de las fábricas. Después, á los doscientos pasos, naturalmente, como si hubiesen conocido el sitio, torcieron á la izquierda, siempre callados, y entraron en un solar que había entre un aserrador mecánico y una fábrica de botones, un trozo de pradera verde, con manchas amarillas, de hierba seca; una cabra, atada á un poste, daba vueltas balando, y en el fondo un árbol muerto se descortezaba á los ardores del sol.

—Verdaderamente—murmuró Gervasia,—parece que estamos en el campo.

Fueron á sentarse junto al árbol muerto. La planchadora colocó el cesto á sus pies. Ante ellos, el cerro Montmartre mostraba sus hileras de altas casas amarillas y grises, entre árboles de exigua frondosidad; y cuando alzaban un poco más la cabeza, percibían el ancho cielo de ardiente pureza, extendiéndose sobre la villa, y cruzado al norte por una bandada de nubes. Pero como la viva luz les deslumbraba, miraban al ras del horizonte plano las lontananzas gredosas de los arrabales, y seguían, sobre todo, la respiración del delgado tubo de la sierra mecánica, que lanzaba chorros de vapor. Y esos grandes suspiros parecían aliviar sus oprimidos pechos.

—Sí—dijo Gervasia, perpleja por aquel silencio,—había salido á un recado...

Después de haber anhelado tanto una explicación, de repente no se atrevía á hablar. Sentíase dominada por una gran vergüenza. Y, sin embargo, no dejaba de comprender que había ido allí, espontáneamente, para hablar de aquello, y hasta de ello hablaban, sin tener necesidad de pronunciar una palabra. La escena de la víspera pesaba sobre ellos como enojosa carga.

Presá entonces de una tristeza atroz y llenos de lágrimas sus ojos, empezó Gervasia á referir la agonía de su lavandera, la señora Bijard, que había fallecido aquella mañana, después de los más espantosos sufrimientos.

—Era de resultas de un puntapié que le dió Bijard,—decía con dulce monótono acento. Hinchósele el vientre. Sin duda le había roto alguna cosa interior. ¡Dios mío! en tres días ha liado el petate... ¡Hay en presidio muchos canallas con menos motivo! Pero la justicia tendría demasiado que hacer si se ocupase de todas las mujeres reventadas por sus maridos. Un puntapié más ó menos, no entra en cuenta, ¿verdad?, cuando tantos se reciben diariamente. Tanto más, cuanto que la pobre mujer, queriendo salvar á su marido del patíbulo, decía que se había aplastado el vientre, cayendo sobre un barreño... Y se ha pasado la noche entera dando alaridos, antes de espirar.

El herrero permaneció callado y arrancaba hierbas con sus crispados puños.

—Aún no hace quince días que la infeliz había destetado á su último chico, el pequeño Julio—continuó Gervasia,—y ha sido una fortuna, porque así el angelito no padecerá... Mas no importa; ahí queda la pobre Lalia cargada con dos rorros. Todavía no ha cumplido ocho años, y es tan formal y piensa tanto, como una verdadera madre... Y con todo, su padre la mata á golpes... ¡Verdaderamente, hay seres en el mundo que han nacido para sufrir!

Gouget la miró y, trémulos sus labios, dijo bruscamente:

—Ayer me hicisteis mucho daño. ¡Oh! sí... mucho...

Gervasia, palideciendo, había juntado las manos. Mas él continuaba:

—Ya lo sé; eso tenía que suceder... Solo que hubierais debido tener confianza en mí y confesarme lo que había para no darme lugar á esperanzas...

No pudo acabar. Ella se había puesto en pie, comprendiendo que Gouget creía que había vuelto á encontrarse con Lantier, como todo el barrio lo aseguraba. Y con los brazos extendidos dijo:

—No, no; os lo juro... El me empujaba, iba á darme un beso, es verdad; pero su rostro ni siquiera se ha rozado con el mío, y era la primera vez que lo intentaba... ¡Oh! sí, os lo juro por mi vida, por la de mis hijos, por lo más sagrado...

Pero el herrero movía la cabeza. Desconfiaba, porque las mujeres niegan siempre. Entonces, Gervasia se puso muy seria y repuso lentamente:

—Ya me conocéis, señor Gouget, y sabéis que soy incapaz de mentir... ¡Pues bien!... no hay nada ¡palabra de honor!... ni habrá jamás ¿ois? ¡jamás, jamás! Y si tal cosa llegara á suceder, me consideraría la última entre las últimas y no merecería la amistad de un hombre honrado como vos.

Y tenía, al hablar, un rostro tan hermoso, tan franco, que Gouget le cogió la mano y la indujo á sentarse de nuevo. El herrero respiraba con satisfacción, y no cabía en sí de gozo. Aquella era la vez primera que cogía de aquel modo su mano, estrechándola en la suya. Los dos permanecieron callados. En el cielo, la bandada de blancas nubes nadaba con la lentitud del cisne. En el extremo del solar, la cabra, vuelta hacia ellos, los miraba, exhalando, á largos y regulares intervalos, un dulcísimo balido. Y, sin soltarse las manos, enajenados los ojos en ternura, parecían hallarse en un paraíso, dominando la obscura pendiente de Montmartre, entre la elevada empalizada de las chimeneas de las fábricas que rayaban el horizonte en aquel rincón de las afueras gredoso y desolado, conmoviéndoles, hasta hacerles verter lágrimas, los verdes bosquecillos de los tabernuchos.

—Ya sé que vuestra madre está enojada conmigo—repuso Gervasia en voz baja.—No lo neguéis... ¡Os debemos tanto dinero!

Pero él mostróse casi brutal para hacerla callar, sacudiéndole la mano como si fuera á rompérsela. No quería que se le hablase de dinero. Después titubeó y tartamudeó al fin:

—Oídme; hace mucho tiempo que deseo proponeros una cosa... Vos no sois feliz... Mi madre asegura que vuestra vida va poniéndose mal...

Detúvose algo sofocado.

—¡Pues bien! Es necesario que nos vayamos juntos. Mirábele ella, no acertando de pronto á comprenderle, sorprendida por esta ruda declaración de un amor que hasta entonces no había salido de sus labios.

—¿Qué decís?—preguntó.

—Sí—continuó él con la cabeza inclinada,—nos marcharíamos, viviríamos en cualquier sitio, en Bélgica si queréis... Es casi mi país... Trabajando los dos, no tardaríamos en adquirir una posición desahogada.

Entonces ella se puso muy encarnada. Si Gouget la hubiese atraído hacia sí para darle un beso, habría sentido menos vergüenza. ¡Vaya un capricho raro! ¡proponerle un raptó, como sucede en las novelas y en la alta sociedad! ¡Bah! En sus barrios veía á obreros que cortejaban á mujeres casadas, pero no las llevaban ni siquiera á Saint-Denis; arreglábanse en el sitio y sin tanto rodeo.

—¡Ah! señor Gouget, señor Gouget...—murmuraba sin encontrar más palabras.

—Así no seríamos más que los dos—repuso él.—Los otros me estorban, ¿comprendéis? Cuando yo quiero á una persona, no puedo verla con otros.

En tanto Gervasia reponíase, y rehusaba, diciendo con tranquilidad:

—Eso no es posible, señor Gouget. Estaría muy mal... Yo soy casada, ¿verdad?... y tengo hijos... Ya sé que me tenéis cariño y que os doy un disgusto... Pero después tendríamos remordimientos y todos los placeres nos parecerían amargos... También yo siento cariño por vos; y lo siento demasiado para dejaros cometer una locura... Y eso sería una locura seguramente... No; mirad; vale más que continuemos como hasta aquí. Nos estimamos, encontramos conformidad entre nuestros sentimientos. Esto ya es mucho y más de una vez me ha dado fuerzas. Cuando los que se hallan en nuestra posición permanecen honrados, deben considerarse perfectamente recompensados.

Gouget movía la cabeza, escuchándola. La aprobaba; no podía decir nada en contra. Bruscamente, y á la luz del día, la cogió entre sus brazos, estrechándola hasta lastimarla é imprimió un furioso beso en su cuello, cual si hubiese querido comerse su piel. Des-

pues la soltó sin pedir más y no volvió á hablar de su amor. Ella se desasíó, sin enojo, comprendiendo que los dos tenían bien ganado aquel pequeño goce.

Entre tanto, el herrero, conmovido de pies á cabeza por un fuerte estremecimiento, apartábase de ella para no caer en la tentación de agarrarla de nuevo, y se arrastraba de rodillas, no sabiendo en qué ocupar las manos, cogiendo florecillas que echaba desde lejos á su cesto. Había allí, en medio de la sábana de hierba tostada, magníficos dientes de león amarillos.

Poco á poco este estremecimiento le calmó, le distrajo. Con sus dedos encallecidos por el rudo trabajar del martillo, rompía delicadamente las flores, las lanzaba una por una y sus ojos de buen muchacho reían cuando acertaba á meterlas en el cesto. La planchadora se había arrimado al árbol seco, alegre y tranquila, alzando la voz para dejarse oír entre los chirridos de la sierra mecánica. Y cuando abandonaron aquel sitio, andando uno al lado del otro, hablando de Esteban, que se encontraba muy satisfecho en Lille, llevaba la planchadora lleno su cesto de dientes de león.

En el fondo, no se sentía Gervasia delante de Lantier tan animosa como decía. Verdaderamente, estaba muy resuelta á no permitirle que la tocara, ni con la yema del dedo; pero si llegase un día á tocarla, tenía miedo de su cobardía antigua, de aquella debilidad y de aquella complacencia á que se abandonaba para complacer á las gentes. Sin embargo, Lantier no volvió á sus tentativas. Encontróse muchas veces á solas con ella y permaneció tranquilo.

Entonces parecía ocuparse de la tripicallera, una mujer de cuarenta y cinco años, muy bien conservada. Gervasia, en presencia de Gouget, hablaba de la tripicallera, para tranquilizarle. Y cuando Virginia y la señora Lerat elogiaban al sombrerero, contestábaseles que poca falta le hacían sus lisonjas, puesto que todas las vecinas estaban enamoradas de él.

Coupeau vociferaba por el barrio que Lantier era un amigo, un verdadero amigo. Ya podían murmurar de él; por su parte sabía lo que sabía y se ciscaba en la murmuración, desde el momento en que estaba seguro de su honradez.

Cuando salían los tres, el domingo, obligaba á su mujer y al sombrerero á que anduviesen delante de él, cogidos del brazo, para despatarrar á la calle entera, é iba mirando á las gentes, muy dispuesto á administrarle un solfeado, si por ocasión se permitían la más mínima burla. Verdad es que encontraba á Lantier algo orgulloso, que le acusaba de hacerse el melindroso ante el vitriolo y que le daba vaya porque sabía leer y porque hablaba como un abogado. Mas, aparte de esto, le declaraba hombre de todas prendas. No se hubieran encontrado dos como él en la Chapelle. Finalmente, los dos se entendían y parecían nacidos el uno para el otro. La amistad con un hombre es más sólida que el amor con una mujer.

Hay que saber que Coupeau y Lantier se daban una vida de príncipes. Lantier, á la sazón, pedía prestado dinero á Gervasia, partidas de diez, de veinte francos, cuando veía que entraba moneda en casa, so pretexto de que era para sus grandes negocios. Después, en tales días, pervertía á Coupeau, llevándosele en su compañía como si realmente hubiesen de ocuparse en asuntos de provecho; y al poco rato, sentados frente á frente, en el fondo de un restaurant vecino, se regalaban con platos de los que no se comen en casa, regándolos con vino del lacrado.

El plomero hubiera preferido francachelas de sabor más democrático, pero sentíase impresionado por los gustos aristocráticos del sombrerero, que encontraba en la lista nombres de salsas extraordinarias. Difícil era formarse una idea de un hombre tan delicado, tan descontentadizo. Tal vez son así todos los del Mediodía. No quería nada enardeciente, discutía cada frito, bajo el punto de vista de la salud, haciendo retirar los platos que le parecían demasiado salados y demasiado picantes. Peor era todavía tocante á las corrientes de aire; temíalas como al cólera y armaba un escándalo si veía una puerta medio abierta. Y por remate, un avaro, no dando más que dos sueldos de propina al mozo por comida de siete y ocho francos.

Sin embargo, todos temblaban en su presencia y no había quien no le conociese en los bulevares exteriores, desde Batignolles á Belleville. A veces, iban á la calle

mayor de Batignolles, á comer callos al estilo de Caén los cuales les servían sobre pequeños braserillos. En la cuesta de Montmartre encontraban las mejores ostras del barrio en la «Ville de Bar-le Duc». Cuando se arriesgaban á subir á lo alto del cerro, hasta el «Moulin de la Galette», les servían un conejo salteado. En la calle des Martyrs, las «Lilas», tenían la especialidad de la cabeza de ternera; mientras que en la calzada de Clignancourt, los restaurants del «Lion d'or» y de los «Deux-Marronniers» les daban unos riñones salteados que había para chuparse los dedos. Empero, más á menudo, torcían á la izquierda, en dirección á Belleville, donde tenían reservada una mesa en las «Vendages de Bourgogne», el «Cadran Bleu», el «Capucin», casas de confianza, en las que se podía pedir de todo, á ojos cerrados. Eran unas partidas de tapadillo, de las que hablaban á la mañana siguiente en frases encubiertas, mientras mascullaban las patatas de Gervasia. Hasta llegó un día á darse el caso de llevar Lantier á una de las glorietas de «Moulin de la Galette», una mujer, con la cual le dejó á solas Coupeau, á los postres.

Naturalmente, no es posible divertirse y trabajar á la vez. Así pues, desde la entrada de Lantier en la familia, el plomero, que ya holgazaneaba y no poco, acabó por no coger una herramienta. Si por acaso, cansado de gandulear, admitía alguna faena, su camarada lo arrancaba de la obra, mofándose de él á no poder más, al verle colgado al extremo de su cuerda, como un jamón ahumado, y gritándole que bajase para echar una copa. Ya se sabía; el plomero abandonaba la faena y comenzaba una borrasca, que duraba días y semanas. ¡Ah! ¡eso sí, juergas famosas, una revista general de todas las tabernas del barrio, borrachera de la mañana reposada al mediodía y vuelta á coger por la tarde, y sucediéndose y perdiéndose en la noche las rondas de vitriolo, semejante á los farolillos de una fiesta, hasta que la última candela se extinguiese con la última copa! Ese animal de sombrero no perdía nunca la serenidad. Dejaba que el otro se achispase; le abandonaba y regresaba á casa, sonriendo afable. Sabía tomar sus curdas sordas, sin que se le notara.

Sólo los que le tenían muy tratado se lo conocían por cierta alteración en los ojos y por sus modales más atrevidos con las mujeres. El plomero, al contrario, se hacía repugnante y ya no podía beber sin caer en un estado innoble.

Así, pues, en los primeros días de noviembre, corrió Coupeau una broma, que acabó de una manera totalmente sucia para él y para los demás. La víspera había encontrado ocupación. Lantier, aquella vez, poseído de buenos sentimientos, predicaba el trabajo, en atención á que el trabajo ennoblece al hombre. Hasta se levantó antes de amanecer, para acompañar á su amigo á la obra, con gravedad, honrando en él al obrero digno de este nombre. Empero, al llegar ante la «Petite-Civette», que abría entonces las puertas, entraron á tomar una guinda, nada más que una, con el fin de brindar juntos por la firme resolución de una buena conducta. Frente al mostrador, sentado en un banco, Bibi-la-Grillade, recostado contra la pared, fumaba su pipa con semblante huraño.

—¡Calla! ¡ahí está Bibi, pensando en todo, menos en trabajar!... ¿Tienes galbana, querido?

—No, no—respondió el camarada despezándose.— Los maestros son los que nos desaniman... Ayer me despedí del mío... ¡Todos son unos indecentes, unos canallas!

Y Bibi-la-Grillade aceptó una guinda. Positivamente estaba allí esperando que le convidaran.

Entre tanto, Lantier defendía á los patronos; también éstos pasaban sus malos ratos; á él le constaba de sobra, puesto que acababa de dejar los negocios. Los obreros sí que son unos holgazanes, siempre de borrasca, ciscándose en el trabajo, plantando al amo en mitad de una tarea urgente y reapareciendo cuando se hallan sin un cuarto. Recordaba haber tenido un oficial, un picardo, cuya manía era la de pasearse en coche, y en cuando cobraba su semanal, alquilaba un coche por días enteros. ¿Acaso era aquello propio de un trabajador? Después, bruscamente, empezó Lantier á criticar á los patronos. ¡Oh! no le cegaba la pasión, y cantaba á cada cual las verdades. Eran una raza de